



X Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2008.

PREMIO AL MEJOR RELATO AMBIENTADO EN EL PUEBLO DE GRISEL:

Relato premiado: *“Sombras”*

Autor / a: Joaquín Julio Flores Peña.
Radazul (Sta. Cruz de Tenerife).

SOMBRAS

¡Llegan las vacaciones! ¡Ya era hora! Cuando salía por la puerta de la oficina el último día de trabajo, el termómetro, ya bien entradas las tres de una tarde de finales del pasado mes de julio, no bajaba de los treinta y dos grados a la sombra.

¡Claro, unas buenas vacaciones y sol! ¡Perfecto! ¡Buen comienzo!

Me dirigí contento y ansioso hacia mi coche. Tenía que llegar pronto a casa, preparar la maleta y viajar al día siguiente a Tarazona. Después a Grisel: a vivir el despertar de las mañanas por sus campos, degustar el olor a tierra y plantas de seco y recorrer los senderos que las pisadas de otros han desbrozado. En definitiva, como diría un “filósofo” de ciudad: volver a los orígenes.

¡Cómo si los orígenes se perdiesen y se pudiesen reencontrar! Eso es pretender que un árbol busque sus raíces. ¿Podría existir el árbol sin ellas? Si el árbol las pierde, se muere; ya no es árbol. Si el ser humano pierde los

orígenes, la identidad, los valores; deja de llamarse humano y solamente es “ser”.

Y mis orígenes... ¡Caray! El corazón me dio un vuelco. El bocinazo de un taxi me trajo de nuevo a la realidad. Ensimismado en mis pensamientos casi me atropella al cruzar la calle.

¡Uf! a punto ha estado. ¡Lo que faltaba! Inicio las vacaciones y me atropellan.

¡Y es que el trabajador ya no puede tener derechos!

¡Mis vacaciones! –le grité al taxista– lanzándole una mirada de esas de puñalada traperera.

El taxista siguió la marcha girando su dedo índice sobre la sien, mientras rezaba la letanía que corresponde a estos acontecimientos.

Con el sofoco del calor y la respiración entrecortada por el sobresalto, continué hacia mi coche intentado regatear a los rayos solares, amparándome en las escasas sombras que brindaban los edificios.

.....

Esa tarde estaba cansado. Acababa de llegar a Tarazona después de un viaje de seis horas. Pero era ese cansancio que no pesa, de oficinista, no el de verdad, el de a pie de obra, que es el que merece tal nombre.

Pensándolo bien, creo que ni siquiera era cansancio. Ya lo había sentido otras veces, cuando esporádicamente regreso a mi tierra y me encuentro frente a la puerta cerrada de la casa, rebuscando las llaves en el bolsillo. Ese momento se hace una eternidad. Como si el tiempo se parase, y mis dedos nerviosos no quisiesen encontrarlas, convertido de repente en estatua de sal condenado por haber huido mirando atrás.

Cuando acerté a coger el manojito de llaves, las miré extendidas en la palma de mi mano, y di un profundo suspiro. ¡Ahí!, ¡junto a las otras! Era la del año pasado, la de hace diez, quince..., con el latón ya oscurecido, medio descascarillado. La misma llave de la misma puerta. Y entonces me pareció oír las palabras de siempre: ¡hijo, ya has llegado!

Sí, estaba muy cansado, como los de a pie de obra después de una larga y dura jornada. Y sentí ese agotamiento abrumador, cuando giré la llave en la cerradura; empujé la puerta, y mi mirada sólo encontró las sombras que provenían del interior de la casa, que se abrazaron a la luz del atardecer que penetró por el zaguán, como dos buenas amigas que hubiesen estado esperándose durante un año, diez, quince...

.....

Y como un ritual, al despuntar el día siguiente, ¡a Grisell!, por la carretera de Santa Cruz de Moncayo, tomando el camino del Molino Alto.

Con paso fresco, voy mirando a la seca y polvorienta senda intentando descubrir alguna pisada que me resulte familiar. Porque los caminos tienen huellas, y un buen caminante no debe perderlas nunca de vista. Ellas son las fieles e inseparables compañeras del andador solitario. Hay huellas extrovertidas y parlanchinas, que te persiguen durante todo el trayecto. Las tímidas y recatadas, que susurran al oído los secretos. Están las chillonas y estridentes, tratando de sobresalir entre las demás. Las aduladoras, que con piropos consiguen detenerte. Las insinuantes, con cierto porte de presumidas e interesantes.

Atravieso la Acequia de Magallón. En los meses estivales, allá a finales de los años cincuenta, su agua era “parada y fonda” obligada para los viajeros que

iban a Grisel. Para ellos, y para sus caballerías, a las cuales una vez que la barruntaban no había ramal ni ¡so! que las sujetase. Recuerdo a las mujeres griseleras lavando ropa y restregándola, hincadas de rodillas en la orilla. Después, una vez extendida la ropa sobre los bardales y seca, la llevaban sobre las cabezas en grandes baldes de regreso a su pueblo. Tal era la escasez de agua en Grisel, que sus habitantes se veían en la necesidad de recorrer varios kilómetros para obtenerla. Entre esos ya borrosos recuerdos, hay uno nítido, en el que una de esas lavanderas acaricia la cabeza de un niño y le da un beso más sonoro que el cantar mañanero de un pájaro pinguetero, mientras exclama: ¡prenda mía!

Sigo mi ruta sin prisa, observando las tierras ocres con las tonalidades amarillas de los rastros, los verdes de los tomillos, romeros, aliagas y olivos. Abandono el sendero. Cruzando los barbechos, ruego a las higueras tempraneras el donativo de una dulce breva.

Es mediodía, y el sol –coronando las Peñas de Herrera–, comienza a castigar con justicia.

A la sombra de un olivo, en el cabezo del Otro Lado, recostado en el suelo, contemplo la luminosa ciudad de Tarazona, cuyas poderosas torres se yerguen intentando confundir el rojizo de su cerámica con el celeste del esplendoroso firmamento. Una solitaria araña se columpia en el viejo olivo. Su diminuto cuerpo, dotado de unas larguísimas patas, cuelga del extremo de un hilo. Más arriba, casi en la copa del árbol, una tela de blanca seda, tejida con perfección simétrica, refleja los rayos solares como lo haría el mejor y más cristalino de los espejos. Me quedo medio adormilado con el sonsonete de la nana de una chicharra. Y como puede considerarse pecado tan siquiera entornar los ojos

ante la belleza del paisaje que se me ofrece, y en parte también porque las moscas no son partidarias de adormilarse, prosigo el camino hacia Grisel.

.....

En la entrada del pueblo, hago acopio de aire en mis pulmones tratando de acompasar la respiración con los latidos del corazón. La transformación de siempre está a punto de producirse. Con cierto temor y respeto desvío la vista hacia mis pies. Y..., ¡otra vez!, en el suelo que me rodea y partiendo de las punteras de los zapatos, ¡ahí está!: es la sombra de un niño. Me muevo y la sombra se mueve conmigo como si de la mía propia se tratase. Levanto la mirada, y justo enfrente del trujal, vislumbro las raíces de una higuera que, a un lado del camino, sobresalen de la tierra conformando la estampa de un caballo y sobre las que cabalgan unos niños a las voces de ¡pasa allá! ¡güesque!

Con la pequeña sombra pisándome los talones, me adentro en el pueblo por la antigua Plaza del Estudio, que ahora rinde merecido homenaje al gran músico Nicolás Ledesma, insigne griselero.

En la niñez, me aterrorizaba entrar en una de las casas de esa plaza que hace esquina. Siempre había detrás de su puerta un fantasma con sábana blanca y con una escoba en la mano ¡Hasta que mi madre un día le quitó la escoba y le atizó con ella en la cabeza! El fantasma, escarmentado, salió corriendo perdiendo la sábana en la huida. Y todo el mundo lo sabe: el fantasma sin sábana blanca viene a menos, y está condenado a la jubilación.

Los olores a leche caliente y a queso americano de lata todavía parecen impregnar el callejón de la escuela. Sin embargo, ya no se escucha el recitado armónico de la tabla del cuatro. No hay tinteros ni plumines para escribir letras rectas o en cursiva, punteadas o pautadas. No se lee en voz alta la

enciclopedia Álvarez: “intuitiva, sintética y práctica”. Están ausentes el bullicio y la alegría. El callejón de la escuela, es sólo el callejón de una sombra sin nombre.

Llego junto a la iglesia, de ladrillo rojo y piedra labrada de sillería. En una casa aneja vivían mis abuelos maternos.

¡Ah, los abuelos! ¡Qué seres tan especiales en la vida de los niños!

Mi abuelo con cuerpo orondo, embutido en un traje de pana negra desgastada por el sol de los domingos, la cabeza amparada por una boina ladeada, la cara honrada y seria, la voz honda y sonora. De aspecto imponente para un niño que observa el mundo de abajo hacia arriba. Sin embargo, cuando me cogía con sus poderosas manos y me sentaba sobre las rodillas, nuestros ojos podían mirarse de frente y casi a la misma altura. Y entonces, en los suyos, de color azul gastado, distinguía una leve película acuosa que los cubría; y podía entrever, en los surcos de su cara, una leve, alegre y permanente sonrisa, mientras deshilachaba “chinicas” de abadejo salado que atraían toda mi voraz atención.

La abuela, de cuerpo pequeño, –¡derecha como una vela!– siempre con una toquilla del color de la sombra cubriendo sus hombros y brazos, dejando al aire únicamente sus morenas y nervudas manos que se entrecruzaban a la altura del pecho. El vestido, protegido por un delantal a cuadros, le llegaba un palmo por encima de los tobillos. El rostro siempre sereno y despierto. Con voz suave, modulada, de pentagrama musical.

La abuela se sentaba sobre un pequeño taburete de madera en la cocina de la casa, junto a la chimenea. Avivaba el fuego con el atizador para que las llamas, que consumían la leña de olivo y las secas aliagas, alcanzasen a la olla de

hierro que colgaba de una cadena en el centro de la chimenea. Y a su lado: el Juanico y la Piluca. Acurrucados, abstraídos con el movimiento de la lumbre y acariciados por su calor. Con los ojos entornados recibiendo la bendición del dios de los sueños.

El Juanico y la Piluca formaban un matrimonio feliz. Se podría decir que eran uña y carne, que el destino no hizo sino lo que debía: juntarlos. Sólo la mirada o acaso algún gesto, sin necesidad de ningún sonido, era suficiente para que las inquietudes o los deseos de uno fuesen atendidos por el otro. E incluso para llegar a la perfección absoluta, en esa época acababan de ser padres. ¡Qué más se puede pedir!

Cuando Piluca se levantaba remolona, entreabriendo la boca, desperezándose con un estiramiento digno de la mejor atleta olímpica, y se dirigía en silencio con paso cansino y vacilante hacia la salida de la cocina; el Juanico, como un resorte, saltaba y la seguía sin rechistar. ¡Armonía total!

Al final del día, el fogón se apagaba; y los candiles eran los únicos que vencían a las sombras. Los candiles y..., Juanico y Piluca. Éstos no solamente las vencían, sino que las convertían en sus aliadas. Firmaban pactos secretos con las sombras para que éstas dejaran pasar a la luz hasta sus ojos. Sólo ellos tenían el poder de la luz en la oscuridad.

Una noche me quedé a dormir en la casa de mis abuelos. ¡A dormir! ¡Por decir algo! Cuando la débil y vacilante llama del candil sucumbió, las sombras, hijas de la oscuridad, mostraron su poder. En la cama, y embozado con la manta hasta la nariz, esperé que surgiera el milagro. Y al rato..., dos pares de lucecitas tenues empezaron a moverse por la habitación. El silencio era total. Hasta que de repente, las lucecitas se apagaron y encendieron

intermitentemente, y un griterío ensordecedor me obligó a esconder la cabeza debajo de la ropa.

Después, cuando la noche volvió a callar, poco a poco fui apartando la manta de mi cara y pude ver a las cuatro lucecitas rojizas recorriendo la habitación. ¡El pacto funcionaba! Las sombras habían vuelto a conceder el poder de la luz a Juanico y a Piluca, y éstos satisfechos, con un ¡miauuuu! prolongado, se preparaban a dar buena cuenta de la presa obtenida en su cacería nocturna.

.....

Contemplo el campanario de la iglesia. Mi vista se fija en las hermosas campanas. Su sonido ha sido guía de los hombres y mujeres de Grisel: de los labradores trabajando en los campos que rodean al pueblo, que entendían su lenguaje metálico a la perfección; y de los “labradores” en las populosas ciudades a las que se vieron obligados a emigrar, que nunca pudieron olvidar su venerable tañido de bronce.

Rememoro el relato sobre el moral que me contaba mi abuelo. Había un gran árbol moral en el centro del corral de su casa, que frutaba unas moras como “huevos de gallina”. Esas moras, decía mi abuelo que eran sagradas, y que no se podían comer porque eran las almas de los habitantes antiguos del pueblo. Si alguien se atrevía a comerlas, su boca y manos quedaban manchadas de sangre para siempre. Las manchas solamente se quitaban frotándolas con una mora verde de ese mismo árbol, cuando las campanas de la iglesia tocaban a misa en día de difuntos. Nunca mi abuelo las probó; nunca las probé.

Sigo por la calle paralela a la iglesia, tratando de rellenar con mi mente los huecos que el transcurso del tiempo ha ido creando a lo largo de la misma: casas de adobe y piedra ya desaparecidas, caras y voces de los vecinos que

las habitaban, la señora Paca, la Josefa, la Bernardina, el Charias,... En uno de esos huecos percibo la presencia de un niño pequeño, detrás de la puerta cerrada de su casa, asomando su carita por la gatera con una estridente llantina.

Siento la voz del tío Cirilo, que a pesar de la sombra de sus ojos causada por una ceguera sobrevenida, decía que “había visto mucho mundo”. Contaba hermosas historias mientras me dejaba jugar con su bastón.

Cuesta reconocer que ya no hay caras, voces ni historias, que no tengo un bastón entre mis manos; y es que el tiempo no sólo ha logrado crear huecos a lo largo de la calle...

Por el Puntarrón, paso cerca de donde estaba la casa del señor cura. En su parte trasera, había un huerto cercado por una tapia cubierta por una frondosa hiedra, y sobre ésta, unas magníficas y exuberantes rosas rojas y blancas perfumaban el comienzo del trayecto del viaje hacia Tarazona.

Cruzo la Portilla. Dejo atrás el olor a tabaco de cuarterón del estanco del señor Pedro y me dirijo hacia las afueras de Grisel, camino de la Ermita.

Junto a la Acequia de Irués, trato de cobijarme a la sombra de tres enormes y casi centenarios olmos que bebían la escasa humedad del seco y cuarteado lecho de la acequia. Sólo puedo intuir las sombras de los olmos. No consigo ver sus formidables y gruesos troncos. Sus hojas verdes con ribetes blanquecinos moviéndose al unísono al son de la suave brisa norteña, ya no componen una sonora y deliciosa melodía.

A media tarde, bajo una aplastante y plomiza solanera, camino aliviado por el único aire que parece soplar en este día abrasador: el aire de la nostalgia.

A la altura de la puerta del cementerio, hago una parada. Me abrumo por el peso agobiante de los recuerdos. Con mirada huidiza giro la cabeza hacia el pueblo. Por el camino, como si de una procesión se tratase, vienen unos hombres portando sobre sus hombros dos féretros. Van seguidos por mucha gente. Hasta mis oídos llegan los ecos de los rezos, entreverados con gritos lastimeros: “Libera me, Domine, de morte aeterna, in die illa tremenda...”

La comitiva se acerca y la angustia se apodera de mi pecho. A la cabeza viene un niño de unos diez años, llevando en las manos una corona entrelazada de laurel y flores. Le sigue el cura leyendo el misal, flanqueado por dos monaguillos con cruces plateadas. En uno de los féretros yace el abuelo del niño, con los ojos cerrados y la cara suavemente pálida, con seriedad honrada. Sus labios sellados, sin voz honda y sonora. En el otro yace la abuela, de cuerpo pequeño, con sus morenas y nervudas manos entrecruzadas a la altura del pecho.

Los dos murieron el mismo día, con tan sólo una hora de diferencia. Primero el abuelo, sin aire en los cansados y enfermos pulmones, después la abuela, sin aire por su triste y desconsolada pena.

Las campanas de la iglesia repicaban con toque expurgatorio en la última despedida de sus vecinos.

.....

Bordeo el montículo del Calvario, y una vez en su cabezo, sentado sobre la atalaya, teniendo enfrente las casas del pueblo, la realidad vuelve a apoderarse de mí. Los recuerdos dejan de ser una pesada carga. El sosiego me invade.

Mi vista pasea por las laderas de la vieja Ciesma. ¡Ay! ¡Si sus piedras hablasen! Les preguntaría quién levantó los bancales que la peinan, el por qué

del color ocre claro de su tierra, qué gentes han andado por los senderos que la cruzan, por la desaparición de los trigos amarillos, sobre el nuevo verdor de los pinos recién plantados...

El sonido de unos lejanos cencerros interrumpe mi mirada. Cierro los ojos y escucho. Me concentro, tratando de fijar su distancia y dirección. Reparo en que son muchos, seguramente varias decenas de cencerros tocando a la vez. Poco a poco, comienzo a distinguir los diferentes timbres: los agudos de los graves, los abiertos de los cerrados, los de percusión de los de viento. La música de la orquesta deja de ser meramente instrumental para merecer el elogio de la mejor sinfónica. Al concierto se suman los carneros barítonos capitaneados por la voz baja del macho. No obstante, dominan las ovejas soprano con sus balidos agudos acompañados de vez en cuando por el toque grave de la cabra mezzosoprano. Los corderos tenores dan prestancia a la obra. Y por supuesto, no podía faltar la actuación destacada del de los ladridos, cantor a capella por excelencia.

La orquesta incrementa el volumen. Abro los ojos. El rebaño se acerca por el Camino de la Paridera. A los pocos minutos, lo tengo a tiro de piedra. Los músicos, que venían perfectamente acompasados bajo la “batuta” del cánido, presienten la sombra del corral y comienzan a desafinar. Saludo al pastor con un movimiento de cabeza, él me corresponde levantando la mano dejando de sujetar por un momento la manta que lleva sobre el hombro. Siempre me he preguntado por qué los pastores en plena canícula llevan manta. No sé la respuesta, pero si yo fuera pastor también la llevaría.

Esta situación, me hace recordar una de las historias del tío Cirilo. Me contaba que él había tenido por madre nodriza a la “Negra”. Era una cabra, y sin más

explicaciones se puede adivinar por qué la bautizaron con tal nombre. El animal se puso de parto a la vez que el tío Cirilo vino al mundo. A los pocos meses, la madre del niño sufrió una enfermedad que le impidió seguir amamantándole, y los llantos de la criatura eran continuos. Y no se sabe por qué, si por instinto maternal ya que había parido un cabrito recientemente, o por “cabreo” con los molestos lloros del niño, el caso es que cada vez que el infante se ponía a llorar, la “Negra” –que estaba en el corral–, ascendía por las escaleras a la planta alta de la casa, entraba en la habitación del niño, y encaramándose a la cama, se acostaba a su lado. Cirilo gateaba hasta sus ubres y se ponía a mamar. Cuando estaba saciado, se dormía. La “Negra” volvía al corral a ocuparse de su cabritillo.

Respiro despacio y hondo, queriendo parar el segundero del reloj de la vida. Derrotado en tan singular batalla, comienzo a bajar del cabezo cruzando las eras vacías. Sólo quedan como vestigios de la pasada y frenética actividad agrícola veraniega, un ruinoso remolque de tractor gravemente escorado hacia un lado y una amalgama de restos de hierro y madera de lo que fue un poderoso trillo. Una gran roca con la inscripción “BF 25-5-51”, me encadena a su cincelador en la inmortalidad del tiempo.

¡Cuántos haces de cebada y trigo se acumulaban en las eras! Se apilaban unos encima de otros, formando pisos de varias alturas, esperando el turno para ser desgranados en la trilladora. ¡Cuánto trabajo y esfuerzo para sobrevivir! Todavía me parece distinguir a un labrador por el Camino de Borja. Va delante de dos caballos, uno detrás de otro, llevando de la mano el ramal del primero, y sujeto el segundo a la cola del anterior. Éstos acarrean tantas gavillas de espigas atadas sobre sus lomos y costados, que sólo se llega a

atisbar entre el amasijo de amarillo, la cabeza y la parte baja de las extremidades de los animales. Los abríos bailan “claqué” con las piedras de camino y resulta casi imposible que las imponentes cargas que soportan no se derrumben en cualquier momento al vaivén de su tranco vacilante. Y al resguardo de la sombra de esos “edificios” tan singulares, una hermosa y estilizada galga blanca acompaña al labrador. Porta una tablilla colgada del fino cuello. Jadeante, con la lengua rosada saliéndose por un lado de su boca, pide el auxilio del agua bendita.

.....

Atravieso el Juego de Pelota. Inconscientemente pego un puntapié a una piedra que sale rodando delante de mí. No puedo apartar la vista de ella. Me espera desafiante varios metros más allá. Cuando me encuentro a su altura, me agacho y la cojo remirándola al derecho y al revés. ¡Sí!, reúne todas las características: es ovalada, no muy grande, tampoco pequeña, con el peso justo. ¡Seguro! ¡Pertenece al Marcelino, el “Señor de las Piedras”! Nadie como él las dominaba. Era un verdadero artista manejándolas. Su fama como lanzador llegaba hasta los últimos rincones de la comarca. Marcelino debía rondar los cuarenta cuando se dedicaba a estos menesteres. Siempre estaba dispuesto a realizar exhibiciones a petición de cualquier niño que le dijese: “Marcelino, güí, güí”. Con respeto reverencial hacia la memoria del “Señor de las Piedras”, vuelvo a depositarla en el suelo, no sin antes ofrecerle mis más sinceras disculpas por la patada recibida.

.....

Voy saliendo de Grisel. Inicio el camino a Tarazona. El aroma de las rosas del huerto del señor cura, que pervive indeleble en mis sentidos, me despide.

La última parada. Una mirada hacia el pueblo, otra a las punteras de mis zapatos. La sombra del niño ha desaparecido.

Atardece. El sol se esconde por el Moncayo.

Las sombras y mis orígenes...

.....